

## **El ataque contra Charlie Hebdo obliga al proletariado a encargarse directamente y sin retrasos de la lucha sin piedad contra el fanatismo religiosos violento que refuerza el Estado y que aumenta la división en el seno de los explotados y de los oprimidos.**

**«¡Ni dios, ni patrón!» (Auguste Blanqui)**

### **Contra el califato y el fideísmo, por la defensa del materialismo, de la autonomía política del proletariado y la alianza estratégica con los movimientos de liberación de la mujer**

Cualesquiera que sean los propósitos de los responsables de la masacre en Charlie Hebdo, tiene como resultado aterrorizar a toda la población. Aterrorizar, para impedir que comprenda, aterrorizar para elevar aún más la barrera artificial entre la gente en función de las creencias religiosas. La religión se ha convertido en una auténtica arma del Islam político en todo el mundo. A ella se opone, en Francia la religión del Estado denominado laico y republicano. Presentándose como guardián de la paz civil, el Estado llama a la unidad nacional para respaldarle. Pide a la población la delegación de la defensa de las libertades y de la democracia. Defensa que, sin embargo, se hace al precio de la restricción preventiva de libertades individuales y colectivas y de un incremento de la represión contra toda disidencia antiestatal. Los defensores de la «identidad blanca», como el Frente Nacional, verán en este atentado la confirmación de que «la guerra civil ha comenzado ya» contra un enemigo identificado: los musulmanes, todos los musulmanes, ya compartan las ideas de los fanáticos, ya les combatan o, simplemente, les sufran en silencio. El extranjero, «el otro», de aquí o de fuera, es el blanco de los fanáticos de toda clase. El innoble atentado contra Charlie Hebdo hace el juego al Estado y debilita a la única clase, la clase obrera, que puede combatir de forma determinada el fanatismo religioso allá en donde se arraiga, allá en donde busca a sus soldados perdidos, en los barrios populares o en los centros de trabajo. Esta lucha es indispensable, so pena de tener que renunciar a hacer valer la razón de los explotados y de los oprimidos organizándose de manera independiente contra el Estado, contra todos los Estados. En cuanto al Islam político violento, su objetivo es obligar a aislarse a los musulmanes y que sirvan de ganado dispuesto a sacrificarse en Siria, en otros lugares o aquí mismo. Es importante comprender este fenómeno para combatirlo sin piedad y sin, por otra parte, entregarse atados de pies y manos al Estado.

### **Crítica del califato y del fideísmo**

En todo el mundo, el Islam político se ha convertido en un tema de debate y de polarización de la sociedad civil en opuestas comunidades ilusorias. Cada de estas ilusorias comunidades afirma militar en nombre de una cierta idea de la civilización que no puede afirmarse totalmente sin la completa derrota de la contraria, identificada como enemiga en función de la fe que la misma profesa, incluyendo aquí la fe en la laicidad y en el Estado. En nombre de tal o cual creencia en el más allá de lo humano se ignoran todas o casi todas las cuestiones: la opresión plurimilenaria de las mujeres, la familia, las migraciones internacionales, el empleo, la vivienda, la alimentación, etc.

El prisma deformador y mistificador de la religión, de todas las religiones, se convierte en la justificación de lo irracional, rechazando el principio de realidad y, más en general, la negación de aquella humanidad considerada enemiga de la fe. Esta mistificación específica de las relaciones sociales penetra profundamente en las mentes de numerosos proletarios tanto aquí, en los países

capitalistas avanzados como en los de sus hermanos en la periferia del mundo capitalista más desarrollado.

En razón de su innegable éxito, estas ideas reaccionarias fideístas se convierten en una potente fuerza material que se suma a las que ya dan forma a la superficie del globo capitalista. La extensión del fideísmo en todas sus expresiones altera las prioridades y da nuevos perfiles a los campos capitalistas en numerosas zonas del planeta. En cualquiera de los casos, como cualquier ideología, esta larga ola oscurantista no es capaz de hacer fracasar el determinismo de la materia y de las relaciones sociales que pretende sustituir. La fe no es mayor amenaza para el capitalismo de lo que ha sido para las sociedades divididas en clases opuestas que han precedido a ese capitalismo. El fideísmo no es más que una expresión ideológica particular de la sumisión de clase.

El fideísmo es un término de origen teológico, que se apoya sobre el tradicionalismo, según el cual la verdad únicamente puede ser conocida por la tradición, y no por la razón; en el principio de todo conocimiento se encuentra una revelación primitiva que prolonga y enriquece la revelación cristiana. Según el fideísmo, la razón no nos permite conocer la naturaleza de las cosas;

se limita a observar y clasificar las apariencias; solo la fe, iluminando la inteligencia (intuitiva, y por tanto distinta de la razón, que es analítica), nos hace conocer el fondo de las cosas, es decir las realidades espirituales. En un sentido mas preciso, el fideísmo excluye que las verdades de la fe supongan bases racionales, se apoyen en demostraciones, incluyan un núcleo de racionalidad que podría ser recuperado por una filosofía autónoma. En otro sentido, igualmente teológico, el fideísmo hace consistir la fe en la confianza en Dios, no en la adhesión a sus dogmas. En todos los casos, el término fideísmo implica una desconfianza de la razón: a eso se debe su aroma peyorativo. Lo mismo que el racionalismo tiende a sobreestimar la razón hasta el punto de afirmar que la ciencia es la única fuente de la verdad (recusando así por anticipado toda creencia), igualmente el fideísmo tiende a sobreestimar la fe hasta el punto de firmar que la revelación es la única garantía de verdad (desacreditando así los esfuerzos de toda actividad racional)<sup>1</sup>.

El proletariado revolucionario debe combatir en primer lugar el fideísmo en su seno, tratándolo como lo que es: un instrumento de división de la clase que refuerza la dictadura capitalista y los Estados, susceptible de enrolar a los explotados y a los oprimidos en nuevas guerras a beneficio de las clases dominantes. El particular, el fideísmo del Libro (la Biblia), -pero también el hinduismo y la gran mayoría de creencias religiosas- se aplica a la ofrenda a Dios, al patriarcado y a la familia. El califato, la ideología fideísta reaccionaria que parece conseguir el mayor éxito estos días, merece una especial atención, porque se cubre de anticapitalismo y de antiimperialismo y, sobre todo, constituye un elemento clave en el agravamiento de la crisis geoestratégica del Medio Oriente. Esta es la razón por la cual les dedicamos un texto específico en cuatro puntos.

## Primer punto

Los partidarios del califato intentan establecer un orden que les sería favorable en las regiones en donde el capitalismo domina, pero que no ha podido, ó prácticamente no ha conseguido, disolver las relaciones sociales heredadas de las sociedades de clase que le han precedido. Las aproximadamente 10.000 tribus sunitas de Irak son el ejemplo mas claro. La estructura social arcaica tribal ha sobrevivido en los márgenes del capital moderno, alimentándose de la renta petrolífera y del pequeño comercio de mercancías, a menudo ilegal. La tribu sunita iraquí se ha transformado por la extensión de la dominación del capital, pero el lazo ancestral de tipo patriarcal no se ha roto. La tribu administra su territorio. Es un pequeño mundo cerrado, tanto hacia fuera como hacia el interior, excepto cuando tiene que acopiar sus medios de supervivencia mediante el clientelismo y las mercancías.

<sup>1</sup> Extraído de Henry Duméry: Encyclopaedia Universalis; <http://www.universalis.fr/encyclopedie/fideisme/>

Hoy, gran número de tribus sunitas de Irak se someten al EI. Este sanguinario grupo les garantiza la permanencia de la estructura tribal. Es más; el autoproclamado califato la santifica.

El otro aspecto del actual califato es el que encarnan personajes como Mokhtar Belmokhtar, llamado "El Tuerto", salafista de primera hora y que se hizo célebre a principios de 2013, tras su ataque a la refinería In Amenas en Argelia. También denominado "Mister Malboro", este siniestro personaje además dirige un vasto tráfico de cigarrillos cifrado en cerca de mil millones de dólares en todo el África sahariana. Tráfico que ha podido desarrollarse gracias a los pactos de sangre sellados con las tribus tuaregs. Contrabandistas, ladrones de gallinas al por menor, mercaderes de seres humanos (prostitución, tráfico de emigrantes), "camellos", todas estas tipos de comerciantes ilegales encuentran en el califato un medio de consolidar sus actividades lucrativas y/o desarrollar otras, «blanqueadas» por la adhesión a la fe.

El mismo EI es una importante empresa comercial en Siria y en Irak que intercambia petróleo, mujeres y bienes de consumo. Su programa se resume en que «*quien tiene las armas, tiene el pan y las mujeres*». Esta banda no presenta ningún peligro para el capitalismo, que es un perfecto acomodo para rentistas y traficantes, que a menudo engendra. Boko Haram en Nigeria, Camerún y Níger, Al-Shabbaab en Somalia, Al-Qaeda en la península arábiga (AQPA) en Yemen y en Arabia Saudita, los talibanes en Afganistán y Pakistán, así como Abu Sayyaf en las Filipinas, en Indonesia y en Malasia, por citar solamente los grupos islamistas mas conocidos, reproducen las mismas relaciones sociales de las que el EI es una expresión.

Estas consideraciones no son de aplicación al Islam chiíta, cuya organización interna centralizada asimilable al fascismo ha permitido que se adapte, como la Iglesia católica, al capitalismo moderno.

## Segundo punto

El EI nace sobre los escombros del nacionalismo árabe basado en el modelo de las antiguas democracias populares, fundamentado en la alianza del partido único (el BAAS en los casos iraquí y sirio), del ejército y del sindicato único. Este modelo tenía como objetivo la creación de economías postcoloniales modernas, dotadas de un sector industrial potente, de un mercado interior unificado y de un Estado laico fuerte. Ese proyecto fue minado por el progresivo hundimiento del bloque ruso y por el surgimiento, sobre los restos de las luchas de liberación nacional, de una casta dirigente parasitaria, corrupta, despótica e ineficiente.

En el fondo, el califato del EI está en perfecta continuidad con los regímenes árabes que pretende reemplazar. Sus fuentes nutricias son el comercio y el pillaje; su organización es clientelista, y plagada de

inútiles. El EI diverge de los regímenes sunitas únicamente en materia de posicionamiento geoestratégico, aunque solo sea para imponerse a los otros Estados de la zona, incluyendo a aquellos cuya religión oficial es la suni.

Los Estados Unidos se han aprovechado del hundimiento del imperio ruso, extendiendo su influencia sobre los regímenes árabes cuyas veleidades de desarrollo capitalista se han visto revisadas a la baja a lo largo de las décadas. Un obstáculo importante ha sido superado por Washington, en primer término con el apoyo activo de los talibanes en guerra contra Rusia en Afganistán, y después con la primera guerra de Irak. Estos dos episodios marcan la adopción por la administración norteamericana de una diplomacia agresiva en Medio Oriente, mediante la que los Estados Unidos se convierten en una potencia invencible. Las primaveras árabes han proporcionado a Washington igualmente la oportunidad de jugar un papel de primerísimo orden en todo el África del Norte. El intento aún no ha producido resultados concluyentes.

Si en Egipto el general Al-Sissi ha desmantelado la organización de los Hermanos Musulmanes y sigue los pasos de Hosni Mubarak en materia de política extranjera y de alianza estratégica con Washington, en Libia la destitución violenta de Muammar Gadafi no ha permitido aún instaurar la «pax americana», como tampoco en Afganistán y en Irak.

A su vez, las dos potencias regionales medio-orientales, Turquía e Irán, han intentado, siguiendo trayectorias diplomáticas divergentes, extraer ventajas de la aceleración de la crisis geoestratégica de la región. La primera ha apostado sobre la aparición de regímenes islámicos cercanos favorables a la Primavera árabe. Por ahora, esta política de Ankara resulta derrotada. Los apoyos, explícitos en el caso de los Hermanos Musulmanes egipcios, más discretos al palestino Hamas, y moderado y públicamente negado al EI, se han saldado por el momento con un creciente aislamiento diplomático de Turquía. El aplastamiento de los Hermanos egipcios, la derrota militar de Hamas en Gaza por las tropas israelíes y el compromiso de los occidentales contra el EI han mermado el apoyo regional de Turquía en la región y han deteriorado sus relaciones históricas con los Estados Unidos y con Europa.

En cuanto a Irán, el fracaso de las Primaveras árabes de inspiración sunnita le ha vuelto a colocar en el centro del tablero regional. Teherán controla Bagdad, establece sólidas relaciones con el gobierno del Kurdistán iraquí, preserva su bastión libanés, apoya con creciente eficacia a Bashar el-Assad, cuyo régimen en Siria muestra una capacidad de supervivencia inesperada, y rentabiliza su combate contra el EI. Todo ello a fin de aligerar el embargo occidental y negociar más ventajosamente la cuestión nuclear.

### Tercer punto

Aparte de la dimensión geoestratégica y diplomática, el surgimiento del Islam político violento

proporciona a los ejecutivos de los países capitalistas avanzados una formidable herramienta de división de clase, de restricción de libertades individuales y colectivas, y de ampliación de la base social que se acoge a la ideología dominante. Las medidas de excepción se multiplican. La represión del terrorismo necesita cada vez menos la prueba de cargo factual para ejercerse. Se puede meter uno en problemas, y perder una parte de los derechos burgueses fundamentales como el de circular, por una simple manifestación pública de las propias opiniones.

El espantajo de los degolladores del EI aterroriza a capas enteras de población de los centros capitalistas occidentales. Aquí, importantes sectores del proletariado abrazan ideologías identitarias de defensa de la religión, de la familia y de la patria. Las organizaciones reaccionarias «blancas», como el Frente Nacional en Francia y la Liga Norte en Italia, o el UKIP en Gran Bretaña y el NPD en Alemania hacen su agosto en el miedo. A menudo atraen los votos de los proletarios en los escrutinios electorales. La soldadura en revoltijo de la cólera contra el empobrecimiento y la precarización de las condiciones de vida, del rechazo de los varones de la progresiva fragilidad del patriarcado, del miedo a los inmigrados y a los jóvenes delincuentes de barrio toma como bandera la defensa de la «tradición», de los «buenos y viejos tiempos», de Dios, de la Familia, de la Nación. Paradójicamente, no critican la postura del Islam hacia las mujeres, para así hacer olvidar su propia opresión patriarcal. Y eso crea extrañas alianzas. Así, en Chequia, los neonazis se manifiestan para prohibir que los refugiados sirios (y sus hijos enfermos) encuentren allí refugio.

La población identificada como de religión musulmana en los países capitalistas avanzados se convierte en el blanco de todas las acusaciones. Encerrados en su propia representación mistificada de la «comunidad de creyentes» (*Oumma*) se ven apeladas sin cesar a condenar el Islam político. Apoyando al califato, una pequeña minoría de musulmanes de aquí elige hacer propia la imagen que los Estados les endosan.

En Francia, su primer paso hacia el califato es sin duda el antisemitismo. Un antisemitismo que se extiende peligrosamente, animado por aquellos que, en la extrema izquierda, confunden la justa condena de las condiciones de los palestinos bajo la colonización israelí con el apoyo a dicha «resistencia» de los antisemitas de Hamas, que ejercen un poder dictatorial de una especial brutalidad en Gaza, y que están en el poder en todos los Territorios ocupados gracias a su alianza de gobierno con la OLP. En Francia, los ataques antisemitas representan la mitad de las agresiones racistas y tienen como objetivo una población de origen judío que no asciende a más del 1% de la población total. Este antisemitismo «sunita» encuentra en eco favorable en el propagado por los grupúsculos, a la derecha de la extrema derecha «blanca», como los que en Francia, como Soral y Dieudonné, comen del granero iraní.

Los musulmanes en los países capitalistas desarrollados que se alinean con el califato tienen diferentes motivaciones que aquellos que viven en los países de la periferia del capitalismo. Su único punto común es la voluntad de consagrar la sumisión de la mujer. Los combatientes occidentales del califato no tienen un origen de clase homogéneo. A menudo se trata de jóvenes aislados, poco o nada informados, sin un anclaje social concreto, que rechazan la proletarianización y el modo de vida de sus padres y que no esconden su hostilidad hacia las mujeres que han escogido la vía de la independencia de los hombres («las putas»). La promesa de una vida heroica que supere el aislamiento y la soledad urbana o periurbana mediante la hermandad guerrera, así como la sacralización del papel dominante del varón en conformidad con los preceptos religiosos del Islam, representan los dos principales argumentos a favor de la *hijra* (emigración hacia un país musulmán) para combatir al infiel.

La sacralización de la opresión de las mujeres y de la familia es un pilar esencial del califato. Incluso los hombres más despojados de todo encuentran ahí la posibilidad de ejercer un poder absoluto sobre sus cónyuges. La mujer piadosa que somete su cuerpo y su cabeza al marido obtiene a cambio la protección de la religión frente a otros varones. Esclava doméstica emparedada, rechazando su propio ser, por el hecho de su inaccesibilidad se convierte sin embargo en el objeto de los fantasmas más sórdidos de los varones. El combate por el respeto de los individuos reunidos en una sociedad plenamente humana tiene que pasar por la lucha por la liberación de las mujeres de la familia y de la dominación de los hombres. La alianza estratégica entre la clase obrera revolucionaria y los movimientos de liberación de la mujer toma todo su sentido, principalmente en aquellos países en donde se da la ideología fideísta.

#### Cuarto punto

El ascenso del califato relanza a lo grande el fervor de los fideístas antimusulmanes. Los sacerdotes de las otras confesiones bíblicas se benefician de esto ampliamente. Sin embargo, comparten con el califato lo esencial: el culto de lo irracional y lo inexplicable, la mística de la fe y la mortificación del cuerpo y del espíritu humano. Por ello, el combate mortal contra la religión y por la defensa del materialismo no puede limitarse al Islam político.

A aquellas y aquellos que están en la primera línea de la guerra contra los locos sanguinarios del EI, a estos combatientes kurdos y sirios de Kobane y de otros lugares amantes de la libertad, nuestro mensaje es el siguiente: su voluntarismo y su sacrificio resuenan como una llamada universal a la revuelta. Una llamada que queda sin embargo incompleta y está colocada hoy al servicio de la competición geoestratégica entre las diferentes potencias capitalistas. La resistencia de masas

contra el EI en Kobane está dirigida hoy por las facciones políticas kurdas de Turquía y de Irak. Las mismas lo explotan, para instaurar (en el caso del PKK) o consolidar (en el caso del KDP) su propia dictadura burguesa.

Este es el motivo por el cual la lucha mortal emprendida por los voluntarios de Kobane contra el califato no afecta a la división en clases de la sociedad que está en el origen de esta moderna forma de barbarie que es el califato actual y, más en general, de todas las mistificaciones religiosas. Para superar este límite crucial en el combate es más que nunca necesario desarrollar la autonomía política del proletariado para acabar con la opresión y la explotación del hombre por el hombre.

*«La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la miseria real y, por otra, la protesta contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón, el espíritu de condiciones sociales allá en donde el espíritu ha sido excluido. Es el opio del pueblo. La abolición de la religión en tanto que felicidad ilusoria del pueblo es la exigencia que formula su felicidad real. Exigir la renuncia a las ilusiones sobre su situación es exigir renunciar a una situación que tiene necesidad de ilusiones. La crítica de la religión es pues en germen la crítica de este valle de lágrimas, del cual la religión constituye su aureola.» Karl Marx. Crítica de la filosofía del derecho de Hegel, 1843.*